

## LAS BALEARES Y LA EXPEDICION FRANCESA A ARGEL EN 1830

Desde 1813 España venia gestionando cerca del congreso de Viena el envío contra Argel y demás estados berberiscos de una expedición punitiva internacional que pusiera fin a los atentados del corso norteafricano. Las potencias allí reunidas, ocupadas en la reestructuración de la Europa napoleónica, no mostraron interés alguno en el proyecto. Solamente Gran Bretaña y Rusia formularon vagas promesas, pero sin llegarse a nada práctico.

Como las depredaciones de los argelinos en aguas del Mediterráneo prosiguieron impunemente los países afectados hubieron de intervenir a título individual, haciéndolo sucesivamente entre 1815 y 1825 los Estados Unidos de América, Inglaterra, España y los Países Bajos. Estas expediciones, simples demostraciones de fuerza, raras veces alcanzaban resultados positivos y, en cualquier caso, fueron siempre de carácter temporal, incluida la británica de Lord Exmouth quien, entre 1815 y 1817, infligió un duro castigo a Argel. La base de Mahón fue en todo momento el necesario punto de apoyo de que se sirvieron las escuadras en sus operaciones de policía.

El artículo 8 del tratado hispano-argelino de 1786, ratificado en 1791, estipulaba que ambos países negarían socorros y protección alguna a los respectivos enemigos. A iniciativa española el convenio fue renovado en 1827, pero un cúmulo de incidentes no tardaron en convertirlo en papel mojado. Cuando en Enero de 1830, rotas las relaciones franco-argelinas, el rey exigió del representante español en Argel una respuesta terminante de si con arreglo a los acuerdos vigentes en Madrid estaba dispuesto a facilitarle un ingeniero en fortificaciones, un técnico en fundición de cañones y a entregarle un buque argelino refugiado en Palma de Mallorca con su presa francesa, España se abstuvo de responder.

Entre tanto Francia había invitado formalmente a nuestro país a participar en el asalto definitivo contra Argel, minuciosamente preparado por ella, en atención a los antiguos intereses de España en Argelia - posesión de los enclaves de Orán y Mazalquivir - y a ser, acaso, el país más perjudicado por la peligrosa vecindad del estado pirático. La negativa madrileña debe atribuirse a consideraciones de política internacional, dificultades de orden práctico para improvisar unos preparativos de tal importancia y, sobre todo, la atención del ya achacoso Fernando VII sin descendencia masculina directa.

El gobierno español permitió sin embargo que la intendencia francesa contratase en Cataluña y Baleares los mercantes suplementarios que necesitaba para transportar el enorme bagaje de la gigantesca expedición - 35.000 soldados, 10.000 marinos, 3.000 caballos, 103 buques de guerra y 575 transportes - y adquiriese en las provincias mediterráneas toda clase de subsistencias y material diverso, empresa

nada dificultosa a juzgar por el entusiasmo que por doquier despertaron estos preparativos. Se autorizó asimismo a los franceses la utilización de los puertos balearicos y la apertura en Menorca de un hospital de sangre.

El grueso del convoy expedicionario zarpó de Tolón en medio de gran expectación en los últimos días de mayo de 1830. "En las costas de Francia, de España y de Italia -dice la Gaceta del día 22 - hay prontos a dar la vela muchos buques pequeños con pasajeros que desean ser testigos de la salida de la expedición francesa". En 28 avistó Menorca y más tarde Mallorca. El fuerte viento y la mar gruesa obligaron a Duperrée a refugiarse en la bahía de Palma y otros puertos balearicos. El almirante destacó dos flotillas observadoras a la salida de la rada palmesana, más para seguir de cerca la evolución del estado de la mar que para prevenir una posible sorpresa argelina. Las dispersadas unidades de la escuadra fueron confluyendo sobre Palma, así como otras llegadas directamente de los puertos galos. Permanecieron allí diez días, entre primero y diez de junio, "siendo recibidos los franceses y tratados con la mayor franqueza por los habitantes de Mallorca y -por - las tropas de la guarnición, que les regalaron con fiestas, bailes y regocijos, suministrándoles además todas las provisiones de que necesitaba la escuadra".

Los visitantes, adelantados del turismo masivo de la segunda mitad de la actual centuria, alabaron la belleza y fertilidad de la isla, su clima benigno y la amabilidad de sus moradores. Uno de ellos, el intendente Raynal,<sup>2</sup> pondría particular énfasis al describir las excelencias de Palma, de su bahía, y de toda la isla, que califica de paradisíaca; celebra la esquisitez de sus naranjas, según él muy solicitadas en Francia, lo que no deja de ser dato interesante por denotar la existencia de exportación de agrios en fecha tan temprana, y describe a los pescadores en sus faenas, cuya contemplación evocaba en él recuerdos de su tierra provenzal.

La persistencia de los vientos contrarios suscitó la impaciencia del mando francés, toda vez que reparadas las averías y repuesta la tropa de los efectos del pasado temporal, convenía presentarse cuanto antes frente a Argel. Concentrado en la bahía la totalidad del convoy, una vez que hubieron arribado los últimos transportes dispersados por la tempestad a la salida de Tolón, después de dos intentos fallidos de hacerse a la mar, al fin el día diez, bien de mañana, se dio orden de poner rumbo hacia el cabo Sidi Ferruch próximo a Argel, elegido como punto de desembarco. En las Baleares quedó la división naval de Rigny con la misión de estorbar cualquier maniobra turca de apoyo a Argel, eventualidad improbable por atraer en aquellos momentos toda la atención de la Puerta los asuntos de Grecia.

<sup>1</sup> ARMENGAUD, T.: Campaña de Argel sacada de los partes oficiales contenidos en las gacetas y en particular del periódico que se publica en Argel titulado *L'Estafette d'Alger*. Barcelona, 1836, p. 41..

<sup>2</sup> RAYNAL, Paul: *L'expédition d'Alger (1830). Lettres d'un témoin publiées avec une introduction et des notes par A. Bernard*. París, 1930, p. 67.

El mariscal Bourmont y el almirante Duperrée, jefes de la expedición, articularon su plan de campaña a base de la prolija información consular que poseían sobre la regencia argelina y en particular sirviéndose del informe, ahora desempolvado, presentando a Napoleón por el Comandante de ingenieros Boutin, destacado en Argelia hacia 1805 en misión de reconocimiento. La travesía desde Palma fue azarosa, pero la escuadra logró alcanzar su objetivo. El desembarco tuvo lugar junto al promontorio conocido con la denominación española de Torre Chica por un pequeño torreón de vigilancia allí existente, a la sazón semiderruido y convertido en "zavia"<sup>3</sup>. La conquista de la posición costó a los franceses 50 muertos y un centenar de heridos.<sup>4</sup> La contienda prometía ser cruenta. Duperrée inmovilizó en Argel la flota del rey que, según informes del cónsul español<sup>5</sup> constaba de diecisiete buques de alto bordo, cincuenta y dos lanchas armadas con un cañón y ocho bombardas. Los mejores barcos eran un navío de sesenta y cuatro cañones, una fragata de cuarenta y cuatro y una corbeta de treinta y seis. El resto, goletas, bergantines, polacras y faluchos, con un máximo de veintiseis cañones y un mínimo de diez. La guarnición de la plaza, refiere la misma fuente, era de seis mil turcos y un número indeterminado de auxiliares argelinos. Durante el bombardeo, parte de la colonia europea fue evacuada por mar y el resto se retiró al campo con el cuerpo consular a la espera del desenlace. Algo tarde, el gobierno español acordó el envío del bergantín "Diligente" para proteger a sus nacionales. Cuando llegó se encontró con que Argel había sido tomada ya por los franceses, habiendo sido evacuados antes la mayoría de los súbditos españoles con los demás europeos por la corbeta norteamericana "Ontario" y otros buques neutrales. Los refugiados fueron llevados a Mahón.

El cónsul Chacón no permaneció inactivo durante el asedio y bombardeo de la plaza. Después de poner a salvo a los miembros de la colonia, empezando por su misma familia (enviada a Menorca), y de remitir la documentación del consulado a Cartagena, le veremos intervenir como mediador entre Bourmont y los sitiados favorecer a la población civil musulmana evacuada de Argel y salvar de una muerte cierta a los supervivientes de la matanza colectiva realizada por los argelinos en las personas de ciento diez naufragos franceses. La capital de la Regencia fue castigada con un intenso bombardeo durante veintidos días consecutivos, al término de los cuales una comisión de notables se presentó en el cuartel general francés para ofrecer la capitulación. Bourmont se negó a tratar con otra persona que no fuese el dey Hussein, amenazando en caso contrario con reanudar a plzo fino el mortífero fuego. Hussein hubo de plegarse a las exigencias del sitiador. Firmó la capitulación y se retiró a una villa de su propiedad en las afueras, en tanto se disponía lo necesario para su marcha al exilio.

La caída de Argel conmovió a toda Europa, y en España fue celebrada como cosa

<sup>3</sup> PELLISSIER, E.: *Annales algériennes*. París, 1836-1839, vol. I pp. 34-35.

<sup>4</sup> Gaceta de Madrid, 29 de junio de 1830.

<sup>5</sup> A.H.N. Estado, leg. 6.1502-

propia. El "Diario de Menorca" <sup>6</sup> lanzó una edición especial con grandes titulares, en la que no se escatimaron ditirámicos elogios a la nación francesa y a su soberano, celebrados como benefactores de la humanidad por haber acabado en el Mediterráneo con la piratería, la esclavitud de los cristianos, los arbitrarios tributos por "protección" exigidos por los berberiscos, y con cuantas cortapisas dificultaban el comercio y el libre movimiento de la persona y de la propiedad. En efecto, los restantes magrebíes, escarmentados en cabeza ajena, se apresuraron a renunciar a sus abusivas prácticas, comenzando por Túnez, que suscribió un tratado con Francia apenas un mes después de la caída de Argel. <sup>7</sup>

La campaña de Argelia fue seguida por algunos agregados extranjeros, entre los cuales los príncipes Schwartzemberg, Carignan y Poniatowski, el coronel ruso Filossoff y el británico Marsell. El gobierno español destacó también sus observadores. Una comisión de oficiales de diferentes armas bajo el mando de Guerrero, coronel de artillería, se incorporó a la expedición con cierto retraso, aunque todavía a tiempo de asistir a la ocupación de Argel. Al parecer <sup>8</sup> terciaron las intrigas de un general francés al servicio de España desde la época de la incursión de Angulema que, no habiendo logrado el mando de la comisión, obtuvo permiso para acudir a título individual. Estos y otros observadores nos han transmitido interesantes pormenores sobre la campaña; sobre el Argel de 1830, en donde la cofradía de los andaluces, descendientes de moriscos españoles, fue una de las siete que pudieron permanecer en la ciudad y conservar sus bienes después de la capitulación <sup>9</sup> y sobre la administración argelina en el momento de la llegada de los franceses. <sup>10</sup> En mayor medida todavía atraen nuestra atención las noticias referentes al papel desempeñado por Menorca en el transcurso de la contienda. Si Palma de Mallorca fue etapa obligada a buques y convoyes en su deambular entre Francia y Argelia, Mahón se convirtió en punto de apoyo, hospital y base de aprovisionamiento de los franceses, una vez que Inglaterra, celosa de su presencia en el Mediterráneo central, desde los primeros días de mayo de 1830 se encontraba en la isla un alto oficial francés, el vizeconde Limoges de Saint-Just, con la misión de organizar los hospitales de campaña. Eligió para su emplazamiento el pueblecito de Villa-Carlos a media hora de Mahón. Habilitó varios edificios militares y el llamado "Lazareto", donde solían sufrir cuarentena las tripulaciones de los buques reexpedidos desde la Península en caso de epidemia. Poco después una corbeta y varios transportes desembarcaron a los noventa y nueve facultativos y el material sanitario del ejército expedicionario, así como trescientos soldados para custodiar las instalaciones hospitalarias, convenientemente aisladas del resto de la población.

<sup>6</sup> Diario de Menorca, 9 julio 1830 (Suplemento).

<sup>7</sup> A.I.N. Estado, leg. 6.252.

<sup>8</sup> XIMENEZ DE RANDOVAL, C. & MADERA VIVERO, A.: Memorias sobre Argelia. Madrid, 1853, p. 118.

<sup>9</sup> LANGLOIS, CH.: Panorama d'Alger. París, 1833, 15 pp.

<sup>10</sup> BENACHENHOU, A.: L'Etat algérienne en 1830. Alger. (s.a.) 175 pp.

Una memoria contemporánea, reimpressa hace unos años<sup>11</sup> detalla con minuciosidad el trasiego de enfermos y heridos entre Mahón y el teatro de operaciones. En 25 de junio los hospitales recibieron los primeros 480 pacientes, llegados en seis buques. Durante la primera quincena de julio ingresaron en total 2.250 individuos aquejados de graves heridas, amputaciones, gangrena, disentería y otras dolencias agravadas con el calor del verano. Los mutilados e inservibles eran licenciados y mandados a casa, en tanto los curados útiles retornaban a Argel. Los heridos y enfermos llegados a Mahón - informa en 8 de julio el *Diario de Menorca*<sup>12</sup> de manera que, saturados los hospitales mahoneses, hubo que improvisar otros en las afueras de Argel y reexpedir a Tolón los pacientes potencialmente incurables. En plena canícula las autoridades isleñas temieron que las fiebres y enfermedades contagiosas de que eran portadores los soldados se propagasen a la población civil, a través de quienes prestaban servicio en los hospitales.

Pero la campaña declinaría pronto dado que, tomado Argel, el objetivo esencial de la contienda quedaba cubierto.

Según Raynal<sup>13</sup> en primero de septiembre el número de hospitalizados en Villa-Carlos no pasaba de millar y medio, residuo de los 4.000 que por allí habían desfilado. En octubre continuaban afluyendo enfermos y heridos, hasta que en 15 de ese mes llegó una orden de París disponiendo la clausura de los hospitales franceses en la isla. Esta novedad tan infausta para los menorquines - se dice en la memoria antes referida<sup>14</sup> y no faltaba otra para reducir a la mendiguez a infinitas familias que vivían bajo los auspicios de estos establecimientos y llevaban la alegría y contento a los demás moradores, por las relaciones que era preciso haber con los franceses respecto lo que por instantes les precisaba valerse de nosotros, por frutos, víveres, artefactos y estipendios.

Comerciantes y hortelanos menorquines abastecían, en efecto, al intendente Bruguière, supervisor de los establecimientos hospitalarios, de todo cuanto necesitaba para el mantenimiento de los mismos, sin perjuicio de atender la demanda que, a título particular, hacían los internados. Mas de doscientos españoles prestaban servicio en los hospitales como enfermeros, auxiliares, cocineros y lavanderas, aparte de un número indeterminado de mujeres ocupadas permanentemente en la confección de colchones, ropas de cama y otros enseres. Durante varios meses Mahón y su "hinterland" isleño, de una manera u otra, vivieron de los franceses, recibidos como nuestros aliados, festejados en todas partes, y cuyos éxitos eran celebrados como propios. Las actividades mahonesas no se circunscribían a la isla; alcanzaban, por el contrario, a los acuartelamientos de África. Hasta allí eran transportados en frágiles barcas las provisiones frescas consumidas por los expedicionarios, cuando no

<sup>11</sup> LLABRES, J.: Mahón y la expedición francesa a Argel en 1830. Mahón, 1946-1947, (s.n.).

<sup>12</sup> *Diario de Menorca*, 8 julio 1830 (suplemento).

<sup>13</sup> *L'Expédition d'Alger (1830)*..., p. 128.

<sup>14</sup> Cfr. LLABRES p. (s.n.).

era la intendencia francesa la que acudía a Mahón en su busca. Tuvieron que abastecerse hasta de agua potable, dado que los musulmanes habían cegado las fuentes, pozos y aljibes de la comarca de Argel. El tráfico de los mercantes menorquines, avezados en el comercio con América, se mostró tan sencillo, rápido y lucrativo que los pescadores no tardaron en seguir su ejemplo, empleando sus barcas en aprovisionar a los expedicionarios y ocupándose más tarde en hacer el cabotaje entre los nuevos establecimientos franceses del litoral argelino.

Al término de la campaña, numerosos moradores de la superpoblada isla, que a la sazón atravesaba una etapa de aguda depresión económica<sup>15</sup> pasaron a establecerse en la nueva colonia europea, a cuyo desarrollo inicial prestaron una colaboración decisiva. Digamos tan solo que en los siete primeros años de dominación francesa se establecieron en Argel y sus alrededores 9.386 menorquines<sup>16</sup> cifra muy considerable en función del censo insular. A este éxodo no tardaron en incorporarse los habitantes de las restantes islas del archipiélago balear - 5.000 mallorquines residentes en Argelia en 1850 - , si bien esta emigración mantuvo siempre su denominación genérica de mahonesa. Mahonés se hizo sinónimo en la colonia de cultivador insuperable y era preferido incluso a los inmigrantes metropolitanos. Los mahoneses - subraya Violard<sup>17</sup> - no solamente son notables hortelanos y maravillosos trabajadores, sino también gentes honradas, pacíficas, que no buscan más que ganar su vida por medio del producto de su trabajo. Ellos triunfarían a fuerza de perseverancia y tesón en las tierras inhóspitas desechadas por los demás colonos. Por doquiera crearon comunidades florecientes y muchos años después Fort d'Eau, Roiba, El Biar, Aïn Taya, El Cabo y otros establecimientos de la región de Argel eran aún pueblos típicamente balearicos, donde apenas se oía hablar otro idioma que el catalán en sus variedades isleñas. Pero sobre este apasionante tema, que margina el del presente artículo, incidimos de lleno en una extensa monografía, en vías de publicación, sobre la emigración española a la Argelia francesa.

JUAN BTA. VILAR

Departamento de Historia de España  
Universidad de Murcia

Abreviaturas utilizadas: A.H.N.: Archivo Histórico Nacional (Madrid).

<sup>15</sup> SABATER, G.: Historia de las Baleares. Palma de Mallorca, 1959, p. 273.

<sup>16</sup> BAULES CORTAÍ, J.: Menorca. Notas geográficas. Ciudadela, 1961 p. 58.

<sup>17</sup> Les Villages Algériens. Alger. 1925-26, vol. 1, p. 60.